LUIS GARCÍA JAMBRINA

EL MANUSCRITO DE FUEGO

ESPASA

Luis García Jambrina

El manuscrito de fuego

ESPASA NARRATIVA

© Luis García Jambrina, 2018
© Espasa Libros S. L. U., 2018

Diseño e ilustración de la cubierta: © Agustín Escudero
Fotografía del autor: © Félix Méndez

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Depósito legal: B. 27.577-2017
ISBN: 978-84-670-5108-7

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/Printed in Spain

Espasa Libros, S. L. U.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Índice

Prólogo *(Béjar, 2 de febrero de 1532)* 11
I. *(Talavera de la Reina, unas semanas después)* 29
II. *(Camino de la corte y Medina del Campo, los días posteriores)* 47
III. *(Medina del Campo, una hora más tarde)* 61
IV. *(Medina del Campo, una jornada más tarde)* 85
V. *(Entre el castillo de Valdetrigueros y Medina del Campo, al día siguiente)* 109
VI. *(Camino de Béjar y Béjar, unas jornadas más tarde)* 131
VII. *(Béjar, al día siguiente)* 143
VIII. *(Alrededores de Béjar, poco después)* 161
IX. *(Béjar y camino de Salamanca, esa noche y al día siguiente)* 177
X. *(Salamanca, un día más tarde)* 187
XI. *(Salamanca, al día siguiente)* 209
XII. *(Salamanca, ese mismo día)* 227
XIII. *(Salamanca, al día siguiente)* 237
XIV. *(Salamanca, algo más tarde)* 249
XV. *(Salamanca, ese mismo día por la noche)* 263
XVI. *(Salamanca, poco después)* 277
XVII. *(Salamanca, al día siguiente)* 287
XVIII. *(Salamanca, al día siguiente)* 299
XIX. *(Salamanca, al día siguiente)* 311
XX. *(Salamanca, al día siguiente)* 327
XXI. *(Alba de Tormes y camino de Salamanca, unas horas después)* 337

XXII. *(Salamanca, al día siguiente)* 351
XXIII. *(Salamanca, ese mismo día por la noche)* 369
XXIV. *(Salamanca, instantes después)* 383
XXV. *(Medina del Campo, unos días después)* 397
Epílogo *(Lo que pasó después)* 405

Agradecimientos y deudas 415

I

(Talavera de la Reina, unas semanas después)

Fernando de Rojas llevaba ya muchos años retirado en Talavera de la Reina, donde ejercía como letrado y se ocupaba de varios negocios, con los que se había ido labrando una más que modesta fortuna. Aunque se sentía orgulloso, no hacía ninguna clase de ostentación, para no suscitar la envidia de sus vecinos, a los que no gustaba mucho que un cristiano nuevo poseyera más bienes que ellos, ni la atención del Santo Oficio, que lo tenía entre ceja y ceja, no solo por su condición de converso, sino también por su carácter un tanto heterodoxo. Era tan discreto que solo él y el notario sabían exactamente cuántas propiedades tenía y cuáles eran sus medios de vida. Por lo demás, hacía más de treinta años que había publicado un libro que se había hecho muy popular y había dado lugar a varias imitaciones. Pero, a esas alturas, parecía haberse olvidado completamente del asunto. También había alcanzado gran fama como pesquisidor, primero en Salamanca, y luego al servicio de los Reyes Católicos y, en alguna que otra ocasión, del emperador Carlos. Le faltaba año y medio para cumplir los sesenta, pero aún conservaba bastante pelo y una buena parte de sus dientes. Su talla seguía siendo alta y su complexión tirando a fuerte, aunque parecía haber encogido un poco con el paso del tiempo. Tenía la frente surcada de arrugas y la barba cerrada y gris, en vivo contraste con sus mejillas, lisas y sonrosadas, que le daban un aspecto alegre y saludable. Hacía un cuarto de siglo que estaba

casado y, en ese momento, tenía seis hijos. Vivía en la calle de Gaspar Duque, en la parroquia de San Miguel, si bien poseía otras casas repartidas por la ciudad. Poco a poco y con gran esfuerzo, se había ido ganando el respeto de sus vecinos, hasta el punto de que, durante los años que llevaba en Talavera, había ejercido varias veces como alcalde mayor, ya que era buen letrado. De todas formas, la mayoría seguía sospechando que detrás de su apacible vida se ocultaba algún oscuro secreto.

Ese día comenzó como cualquier otro. Rojas se levantó muy temprano, por la costumbre de aprovechar bien el día, a pesar de que a esas horas hacía mucho frío, algo que cada invierno que pasaba aguantaba peor. Después de ponerse las calzas y cubrirse con un sayuelo frisado y una capa de estameña que le llegaba hasta los pies, salió a orinar a la cuadra, al otro lado del patio. Mientras lo hacía, repasó mentalmente las primeras tareas del día: despertar a sus hijos, dar instrucciones a los criados, recibir a algún que otro cliente... Pero antes de ponerse a trajinar, desayunó con su mujer en la cocina, junto al fuego, donde ya comenzaba a humear algún que otro caldero.

La mañana transcurrió más o menos como todas. La única novedad fue la llegada de una misiva urgente de la corte, concretamente de la emperatriz, lo que le provocó gran inquietud y recelo. ¿De qué podía tratarse y a qué venía tanta prisa? Sabía que el emperador estaba en Italia o en Alemania o Dios sabía dónde y que la emperatriz era ahora la gobernadora de Castilla y Aragón. El correo que le había entregado la carta le informó de que tenía orden de aguardar a que la leyera para luego ponerse a su disposición, lo que no auguraba nada bueno. Rojas le rogó que pasara a la cocina, con el fin de que le dieran algo de comer y pudiera descansar y calentarse un poco.

Necesitaba tiempo para hacerse a la idea y animarse a abrir la carta. Así que se sentó en una de las sillas de su escritorio y, mientras la estrujaba entre las manos, comenzó a pensar en el posible contenido de esta. En ese momento,

llamaron a la puerta, lo que le hizo dar un respingo. Impaciente por saber de quién se trataba, él mismo fue a abrir. Era su amigo Tomás Pérez. De repente se acordó de que hacía unos días lo había invitado para que probara el vino de la última añada, que ya estaba en su punto, y, de paso, alguno de los que conservaba como un tesoro en su bodega. Su invitado era también converso y se ganaba la vida como comerciante; por otra parte, era persona instruida y muy aficionada a jugar al ajedrez en las largas tardes de invierno. Tendría más o menos la misma edad que Rojas. Era alto y corpulento, con el pelo gris y abundante, el rostro lampiño y la nariz ganchuda.

—Mi querido Tomás, no sabéis cuánto me alegra encontraros tan sano —lo saludó Rojas.

—Pero si me visteis ayer —le recordó su amigo, extrañado.

—A nuestra edad, nunca se sabe lo que puede pasar de un día para otro. Pero no os preocupéis, que aquí traigo la mejor medicina que existe —añadió, mostrándole dos jarras de vino que había sobre la mesa e invitándole a que se sentara.

Después de dejar la carta sobre un arcón, sacó de una alacena dos copas de cristal en forma de cáliz que un mercader le acababa de enviar desde Venecia, pues pensaba que el buen vino había que beberlo como es debido y no en cualquier recipiente.

—Es la primera vez que las uso, pero creo que la ocasión lo merece —le informó a su amigo, sirviendo de una de las jarras en ellas.

Tomás Pérez cogió la copa, se la llevó a la boca, cerró los ojos y bebió un sorbo. A continuación, chasqueó la lengua, se relamió los labios con gesto de satisfacción y estuvo saboreándolo un buen rato.

—¿Y bien? —preguntó Rojas con impaciencia.

—Exquisito —sentenció su amigo—. Tiene cuerpo, un sabor como a frutas y huele que alimenta. Debo reconocer que cada año os sale mejor.

—Será que con la edad vos os volvéis más complaciente —replicó Rojas—. Pero veamos si sois tan buen mojón como dicen.

—¿Acaso lo dudáis? Ya sabéis que, si hace cuarenta años me convertí a la religión cristiana, fue en parte por la gran importancia que en ella se concede al vino, que no en vano es símbolo de la sangre de Cristo —argumentó Tomás.

—No deberíais bromear con estas cosas —le advirtió Rojas—. Podría costaros un buen disgusto, si llegara a oídos de la Inquisición. Y os recuerdo que, si cambiasteis de fe, fue para que no os expulsaran de Castilla.

—No creo que, a estas alturas, vayáis vos a denunciarme —comentó Tomás.

—Yo no estaría tan seguro; ya sabéis que tengo ganas de quedarme con vuestras tierras, y eso me permitiría conseguirlas a muy buen precio —bromeó Rojas con el semblante serio, para dar veracidad a sus palabras.

—Si es por eso, podemos llegar a un acuerdo: yo os cedo las tierras y, a cambio, me dais una parte de vuestro vino —propuso su amigo.

—Tendré que pensarlo —concedió Rojas.

—En cuanto a la Inquisición, ¡cómo es posible que Dios permita la existencia de una institución tan poco cristiana como el Santo Oficio! Estoy convencido de que, si Cristo volviera y se paseara por nuestras calles, al día siguiente ya lo habrían encarcelado y torturado, y en su propio nombre, para más inri —ironizó Tomás.

—Es lamentable ver cómo las religiones suelen terminar justo en lo contrario de lo que predican —señaló Rojas—. Pero no hablemos de cosas tristes. Como en las bodas de Canaán, he guardado el mejor vino para el final.

Rojas cogió la otra jarra y llenó las dos copas con gran ceremonial, como si, en efecto, fuera un sacerdote celebrando la eucaristía, mientras su único feligrés aguardaba la bebida redentora con ansiedad y fervor.

—Adelante —lo invitó Rojas.

Tras probarlo, los ojos de Tomás se iluminaron, las mejillas se le sonrojaron todavía más y los labios se le contrajeron en un gesto de placer.

—Querido amigo, esto es gloria bendita, néctar de dioses y manjar de reyes, y lo demás son cuentecillos de viejas. No se parece a ningún otro que yo haya probado antes. Ese aroma, ese gusto, esa agradable sensación de calor que te recorre el cuerpo... Creo que deberíais venderlo a precio de oro; os haríais rico y así podríais comprar más viñedos y aumentar la cosecha —le aconsejó Tomás.

—Ya lo he hecho. No obstante, me he quedado una parte para compartirla con los buenos amigos.

—Se agradece el detalle. Pero también deberíais haber contado conmigo para su venta —le reprochó su amigo.

—Veréis. Hay un pregonero en Toledo, al que conozco bien y que me debe algún favor, que me ha conseguido muy buenos compradores. Tiene muy buen ojo para este oficio y sabe vender vino como nadie. Dice que se lo quitan de las manos.

—No me extraña. Algunos matarían por poder probarlo.

—Y la verdad es que me enorgullezco de ello. Después de tantos años, creo que mi verdadera vocación es la de hacer buen vino —confesó Rojas.

—Ya sé que no os gusta que os hablen de ello, pero ¿no habéis vuelto a tener la tentación de escribir? —quiso saber Tomás.

—Me he pasado estas últimas décadas redactando toda clase de documentos, ¿qué más queréis?

—No me refiero a esa clase de escritos, y vos lo sabéis.

—Ahora prefiero cultivar mis viñas a cultivarme yo. Ya hay mucha gente que escribe por ahí; demasiada diría yo, para tan escasos lectores —se lamentó Rojas.

—Pero hay muy pocos que escriban con tanto talento como vos, casi ninguno, añadiría yo —lo elogió su amigo.

—Sabed que solo con talento no se va a ninguna parte. Hacen falta ganas y dedicación, y yo ya estoy muy achacoso

y desilusionado. Por no hablar de la caprichosa fortuna, que ayuda solo a aquellos a los que le parece. Además, no quiero llamar la atención sobre mí —se justificó Rojas.

—¿Acaso os da miedo el Santo Oficio?

—Como ya os he comentado en más de una ocasión, desde chico, ya me he topado varias veces con los inquisidores y sus terribles métodos, y hasta ahora he logrado salir sin daño, pero no quiero abusar de mi buena estrella; de modo que cuanto menos hable y menos dé que hablar, mucho mejor para mí.

—Siempre podríais publicarlo de forma anónima o con otro nombre.

—¿Y quién os dice que no lo he hecho ya? —dejó caer Rojas.

—¡¿Ah, sí?! ¿Y cómo es que no me lo habíais confesado? Contadme, os lo ruego —le pidió Tomás, siempre ansioso de novedades.

—Estaba bromeando —reveló Rojas, entre risas, por fin más calmado, tal vez gracias al vino—. En todo caso, ¿qué clase de gloria es esa de la que uno no puede presumir? El nombre lo es todo, amigo mío. Una fama anónima no es nada. Y si mi *Tragicomedia* es tan buena como decís, por mucho que me empeñe, no creo que pueda escribir nada mejor. Así que no tiene ningún sentido añadir más. En cuanto a las ganancias, ya sabéis que no necesito dinero; y, que yo sepa, los libros no han hecho rico a ningún autor, más bien al contrario.

—En eso puede que no os falte razón. De todas formas, tiene que ser también un orgullo ver cómo la gente disfruta con tus obras.

—Eso es cierto, pero también te llevas algún desengaño. Recuerdo ahora el día en que fui a parar a una venta en la que varios huéspedes estaban escuchando atentamente lo que otro les leía junto a la lumbre. «¿Qué es lo que lee?», le pregunté al ventero. «Se trata de un libro que alguien se dejó olvidado por aquí. Se titula *Comedia de Calisto y Melibea,* pero la verdadera protagonista es una alcahueta lla-

mada Celestina, cuyo nombre ya se ha hecho proverbial y empieza a usarse para referirse a las que ejercen su mismo oficio. Teníais que ver cómo habla, cuánto sabe, de qué manera se desenvuelve esa trotaconventos», me explicó. Y, en efecto, mientras hablaba el ventero, pude escuchar las risas y los comentarios de los allí presentes en favor de la vieja. Entonces, me di cuenta de que esa obra que yo había escrito con tanto trabajo ya no era mía, sino de los lectores, que la habían hecho suya, hasta el punto de que ya no era conocida por su título original, sino por el que ellos le daban, que no era otro que *La Celestina,* lo que me produjo una extraña mezcla de alegría y decepción que me dio mucho que pensar. Y con eso se me quitaron las pocas ganas que tenía de seguir escribiendo —concluyó Rojas, con un gesto de impotencia.

—Ya comprendo —asintió Tomás.

—Pues os agradecería que no volvierais a sacar a colación este asunto.

—¿Y tampoco echáis de menos aquellos tiempos en que erais pesquisidor?

—Sí y no. Reconozco que fue una gran experiencia y que aprendí mucho con ello, de esas cosas que no se enseñan en ninguna universidad, si bien debo decir que no todo fueron triunfos y aciertos; también cometí muchos errores —recordó Rojas—. Por otra parte, gané mucho prestigio y dinero, es verdad. Pero, después del caso de la muerte de Felipe el Hermoso, salí muy afectado y escarmentado. No podéis ni imaginar siquiera la zozobra que pasé.

—Nunca me habéis hablado de ello.

—Como comprenderéis, son cosas que no se pueden contar así como así.

—¿Ni siquiera a vuestro más fiel amigo?

—Por lo menos hasta que transcurra un tiempo.

—Pero, si no me equivoco, ya han pasado veinticinco años.

Rojas se quedó pensativo, como si se debatiera entre seguir los dictados de la prudencia o dejarse llevar por el

deseo de complacer a su amigo, del que, en principio, nada tenía que temer. Al final, el efecto del vino y el mucho tiempo transcurrido desde entonces hicieron que la balanza se inclinara a favor de lo segundo.

—Como sin duda sabréis, dos meses después de que don Felipe fuera proclamado rey consorte de Castilla, este cayó enfermo de manera repentina y, al poco tiempo, murió, lo que causó gran impresión a mucha gente; entre otros, a Erasmo de Rotterdam, que escribió sobre él un hermoso panegírico. Los hechos tuvieron lugar en Burgos, en la Casa del Cordón, durante los festejos organizados para celebrar la toma de posesión por parte de don Juan Manuel del castillo burgalés, que le había sido entregado por el rey por su apoyo y fidelidad. Con ese motivo, don Felipe y algunos invitados dieron un paseo a caballo por los alrededores de la ciudad y luego jugaron a la pelota con un capitán vizcaíno de su guardia, que se había jactado de no perder nunca. Al acabar la partida, exhausto y acalorado, el rey bebió con avidez de un jarro de agua helada, lo que hizo que cogiera frío.

—No me extraña; hay que tener mucho cuidado con esos cambios bruscos —comentó Tomás.

—El caso es que al día siguiente se levantó con calentura, pero no dijo nada y se fue de caza —prosiguió Rojas—. Y así estuvo durante tres días, hasta que, aquejado de fuertes escalofríos, no pudo seguir disimulando y ordenó llamar a los físicos, entre los que se encontraba el milanés Ludovico Marliano, que no pudieron hacer nada por atajar el mal. Luego todo se precipitó y surgieron nuevos trastornos, como un fuerte dolor en el costado y gran cantidad de manchas pequeñas entre negras y rojas por todo el cuerpo, y don Felipe ya no se pudo levantar. Si lo hubieran sangrado al principio, tal vez se habría salvado, pero, cuando llegó el doctor De la Parra, médico muy reconocido, ya era demasiado tarde, y así se lo hizo saber en una carta a don Fernando el Católico. Don Felipe falleció unos días después, con tan solo veintiocho años. Durante todo el tiem-

po, su esposa cuidó de él con esmero y dedicación, sin apartarse de su lado ni de noche ni de día; incluso, le daba de comer y de beber y lo exhortaba a que se tomara sus medicinas, a lo que don Felipe era muy reacio.

—¿Y se supo qué fue lo que le provocó el mal?

—Probablemente, el enfriamiento; este pudo deberse al agua fría o a que no se arropó ni se secó el sudor, como convenía, después de la partida de pelota. Otros hablaron de fiebre pestilencial, muy presente en esos días en la zona, ya que ese año había habido una gran sequía. Pero pronto comenzaron a circular rumores también de que lo habían matado con hierbas. Para confirmarlos, algunos invocaban una carta, enviada hacía tiempo desde Roma por los embajadores en aquella ciudad, en la que se le advertía a don Felipe de que tuviera cuidado con los servidores de su cocina y de su mesa, y especialmente con la gente de don Fernando el Católico. Entre los motivos que se aducían, estaban los deseos por parte de este de recuperar el gobierno de Castilla y las ansias de venganza por las muchas ofensas y agravios recibidos de su yerno. Recordad que don Felipe había venido con un ejército extranjero a adueñarse de estos territorios, teniendo sojuzgada a su esposa e impidiendo que viera a su padre, que al final hubo de abandonar Castilla y aceptar una concordia bastante humillante. Por ella le cedía el gobierno de la Corona al duque de Borgoña, sin ni siquiera poder quedarse con el del reino de Granada, que él había ganado con su lanza y esfuerzo; asimismo, don Fernando se vio obligado a reconocer la incapacidad de su propia hija para ejercer el poder.

—¿Y el Rey Católico, de infausta memoria, cómo reaccionó al conocer la noticia de la muerte de su yerno? —quiso saber Tomás.

—Según parece, se enteró de ello en Portofino, adonde había recalado camino de Nápoles. Una vez allí, me escribió preocupado por los rumores que llegaban de la corte, para pedirme que hiciera las pesquisas oportunas acerca de lo ocurrido y limpiara su nombre de toda sospecha. El

encargo, lejos de honrarme y satisfacerme, me causó gran disgusto y preocupación, pues si descubría algo que lo incriminase, ¿cómo se lo diría y cómo reaccionaría él? Y si, por el contrario, no descubría nada, serían muchos los que pensarían que me había vendido al rey Fernando y que había aceptado el caso para terminar de encubrirlo.

—Menudo dilema —señaló su amigo.

—¡Y tanto! Pero lo cierto es que no pude decir que no, pues, si lo hubiera rechazado, habría parecido que lo consideraba culpable. Cuando llegué a la corte, hablé con los físicos y algunos testigos, incluida la reina, que me sorprendió en algunos momentos por su lucidez, si bien debo reconocer que en lo tocante a su difunto esposo no hacía más que desvariar. Locura de amor, la llamaban algunos; lo malo era que esta afectaba nada menos que a la reina de Castilla. Por lo demás, no encontré pruebas que señalaran a su padre como instigador o responsable de la muerte de don Felipe. Como os he dicho, todo parecía indicar que la causa había sido una enfermedad, sin intervención de ninguna otra persona, y así se lo hice saber al Consejo Real, que se mostró de acuerdo con mi dictamen.

—¿Estáis, pues, seguro de que Fernando el Católico no tuvo nada que ver con el final de su yerno?

—Así es —confirmó Rojas—. Por otra parte, debo argüir que esa muerte era innecesaria para sus objetivos, quiero decir que no lo beneficiaba especialmente. Él ya tenía sus propios planes para recuperar el gobierno de Castilla, más encubiertos y sibilinos, y sin necesidad de utilizar la violencia o acudir a medidas tan extraordinarias. Su viaje a Nápoles no había sido más que una retirada estratégica, pues estaba seguro de que, durante su ausencia, muchos de sus partidarios, descontentos y agraviados por el nuevo rey, se agruparían y acabarían por crear una situación tan difícil que aquel ya no se podría sostener, momento en el que don Fernando regresaría para asumir el mando, con el pretexto de poner orden en Castilla y en libertad a su hija Juana. Pero al final no hizo falta.

—¿Y qué pasó cuando volvió a la corte?

—Como era de esperar, me llamó a palacio para ofrecerme un cargo. Pero yo le dije que quería casarme, formar una familia y retirarme a Talavera de la Reina, donde había adquirido ya varias propiedades y donde tenía la intención de dedicarme a ejercer como jurista y a administrar mis tierras. Don Fernando, agradecido por mis servicios, respetó mi decisión y yo ya no volví a hacer más pesquisas para la corte.

—No obstante, os ocupasteis de un caso no hace mucho, según creo —le recordó Tomás.

—Pero, en esa ocasión, fue muy cerca de aquí, con lo que apenas tuve que desplazarme, que es lo que más pereza me da. Se trataba, además, de un caso fácil de resolver y que no tenía nada que ver con la gente de palacio. Después de ello, eso sí, le dejé bien claro al emperador que yo ya estaba muy achacoso y no volvería a hacerme cargo de ningún otro asunto, por pequeño o grande que fuera, y hasta hoy.

—Me parece bien vuestra decisión. Pero algún día deberíais poner todas esas aventuras por escrito —propuso Tomás—. Estoy seguro de que serían muy amenas y aleccionadoras para futuros pesquisidores y para los lectores en general.

—Ya estáis otra vez con eso —exclamó Rojas con cierto enojo—. Como ya os he comentado, hay muchas cosas que no puedo contar; y tampoco tengo ganas de rememorarlas.

—Lo que me imagino que sí añoraréis son vuestros años de estudiante en Salamanca. Muchas veces os he oído decir que os hubiera gustado ser catedrático en su universidad —le recordó Tomás.

—Esa era, entonces, mi auténtica vocación y no se me ocurre un lugar mejor para desarrollarla. Pero no todo fueron dichas en Salamanca. De ahí que no tenga ningún deseo de volver a ella. A mi edad, ya no me apetece enfrentarme a mis demonios particulares. Os ruego, pues, cambiemos de asunto, o no os serviré ni una gota más de vino.

—De acuerdo —concedió su amigo.

Mientras buscaba otra cosa de la que hablar, Tomás echó un vistazo a su alrededor, sin encontrar nada que despertara su interés, hasta que descubrió la carta sobre el arcón. Se acercó a ella y le sorprendió distinguir en el lacre el sello de la corte.

—Veo que habéis recibido una misiva de palacio —comentó—. ¡Qué callado os lo teníais! ¿Algún requerimiento, tal vez?

—Es de la emperatriz —informó Rojas, fingiendo no darle importancia.

—¡¿De la emperatriz?! —exclamó el amigo con incredulidad.

—Eso parece, y hasta puede que de su puño y letra —puntualizó Rojas.

—¡Cómo que parece! ¿Es que no la habéis abierto? —inquirió Tomás, con asombro.

—Tiempo habrá para ello.

—¿Y el correo qué os ha dicho?

—Aguardando está en la cocina, pues tiene orden de no moverse de aquí hasta que yo lea la carta y le dé mi respuesta. He pedido que le sirvan algo de comer y de beber. Con un poco de suerte se quedará traspuesto —añadió Rojas con una sonrisa maliciosa.

—Pues espero que no nos haya oído.

—Es un correo, no un correveidile —señaló Rojas.

—Volviendo a la carta...

Rojas le sirvió una copa de vino a su amigo, para que se callara o cambiara otra vez de conversación, cosa harto difícil, pues, cuando Tomás mordía bien una presa, ya no la soltaba, por más que le rogaran.

—Pero ¿es que no vais a abrirla?

—Ya lo haré cuando os marchéis. No sería de buena educación ponerme a despachar la correspondencia delante de una visita —se justificó Rojas.

—¡Me pregunto cómo podéis soportar tal incertidumbre! —exclamó su amigo con impaciencia—. Hacedlo de una vez, hombre de Dios.

—Es que no me da buena espina —reconoció Rojas.

—¿Qué queréis decir?

—Que tengo la impresión de que no me va a gustar lo que se diga en ella.

—Ya sé de sobra que nada bueno suele venir de la corte —reconoció su amigo—, pero podría tratarse de una prebenda, como pago por vuestros servicios en el pasado o una simple consulta.

—Lo dudo mucho. En cuanto a la prebenda, si hubieran querido dármela, ya lo habrían hecho hace tiempo, ¿no creéis?

—A lo mejor la orden se traspapeló.

—O se perdió por el camino —ironizó Rojas.

—El caso es que por fin ha llegado y no debéis desaprovechar la ocasión.

—Está bien, está bien, la abriré, aunque solo sea para que dejéis de darme la matraca —anunció Rojas por fin.

Harto ya de tanto apremio, rompió el lacre y desplegó el papel con desgana y a regañadientes, mientras su amigo lo miraba con expectación. Después, leyó la carta para sí varias veces, como si no acabara de entender bien lo que decía.

—¡Lo veis! —exclamó por fin, muy disgustado—. La emperatriz me pide que vaya de inmediato a la corte, con el fin de hacer las pesquisas de un caso de gran importancia. Quiere que viaje por la posta con el correo que ha traído la carta. ¡A estas horas y con este tiempo! —añadió, echándose las manos a la cabeza.

—Si la hubierais abierto antes, ya estaríais de camino —repuso Tomás.

—Callaos de una vez, no vaya a ser que pague con vos el gran enojo que tengo.

—Entonces, ¿qué vais a hacer?

—Pues muy fácil: contestarle por escrito que no puedo.

—¡¿A la emperatriz?!

—¿Y por qué no?

—¿Estáis seguro de lo que os proponéis? ¿Acaso queréis que os despojen de todo lo que habéis conseguido du-

rante estos años? Para eso, más os valiera mandarle vuestra cabeza en una bandeja de plata; así no tendría que cortárosla —argumentó Tomás.

—Sabéis que estoy muy cansado de tanto bregar —le recordó Rojas—. Y ahora lo único que quiero es disfrutar de mi áurea mediocridad, pues yo con poco me conformo, ya me conocéis.

—Os entiendo. Pero si la Corona de Castilla os lo exige...

—Yo ya he hecho por la Corona más de lo que esta pueda hacer por mí en todos los años que me queden por vivir, que, por el camino que llevo, no van a ser muchos.

—¿Y de qué se trata esta vez? —quiso saber Tomás.

—¿Cómo que de qué se trata? —replicó Rojas, desconcertado.

—Que cuál es el encargo —precisó su amigo.

—Averiguar quién ha matado a un tal Francés de Zúñiga, antiguo bufón del emperador, ¿os dais cuenta? ¡Un bufón! Como si yo no tuviera cosa mejor que hacer —se lamentó Rojas.

—Ahora no lo paguéis con el pobre truhan. A lo mejor era muy ingenioso y el emperador lo quería mucho —se apiadó Tomás.

—Pues que mande levantar un panteón en su honor —replicó Rojas.

—Me temo que sois injusto con la pobre víctima. Los albardanes son muy útiles para la república. Gracias a ellos, los príncipes pueden distraerse por un rato de sus problemas y aliviar tensiones, lo que hace que sean más benévolos y magnánimos a la hora de imponer las leyes y de impartir justicia —argumentó Tomás.

—Eso sería antes, con los antiguos reyes.

—Os equivocáis. Los de ahora también los necesitan, incluso más que nunca, para que no se tomen demasiado en serio el poder que se les ha otorgado o que ellos han conquistado o usurpado —puntualizó Tomás.

—Para eso están, supongo, los consejeros y los filósofos, para hacerlos entrar en razón.

—Creedme, eso se consigue mejor por medio de la ironía y el humor —sentenció Tomás—. ¿Acaso no habéis leído a Erasmo?

—Supongo que os referís a su famoso *Stultitiae laus* o *Elogio de la locura.* Lo he leído con atención, claro está, y recuerdo que en él se burla del gran crédito que los reyes conceden a sus bufones, a quienes toleran que digan cosas que a sus sabios y consejeros no les permiten —apuntó Rojas.

—Pero, si os fijáis, lo hace usando sus propias armas, la ironía y la sátira, lo que significa que él también se disfraza de loco para decir la verdad. Y eso, como mínimo, resulta un tanto extraño y paradójico, por no decir ambiguo y contradictorio —arguyó Tomás.

—Imagino que lo hace así para que su crítica sea más soportable.

—Y tanto que lo es, como que se ha convertido en el libro más leído y comentado de Erasmo —recordó Tomás.

—Y, por lo que yo sé, muy a su pesar, pues se le ha echado encima todo el gremio de los teólogos y de los catedráticos; de hecho, él mismo ha tenido que reconocer que con este libro se ha equivocado, ya que, de alguna forma, ha conseguido dignificar justo lo que pretendía combatir —replicó Rojas.

—Es que a la gente le gusta mucho que la hagan reír. La risa, y no solo la razón, es lo que nos hace humanos. De ahí que Aristóteles dedicara su segundo libro de la *Poética* a la comedia; por desgracia, hoy perdido, como sabéis.

—Soy consciente de que la mayoría prefiere que le digan las verdades a guisa de broma, esto es, con humor, pues no soporta la verdad al desnudo. Pero, al final, les complace tanto el humor que enseguida se olvidan de la moraleja del cuento, como ha pasado con el propio libro de Erasmo, no sé si me explico —puntualizó Rojas.

—El ser humano es así, qué le vamos a hacer —apuntó Tomás con resignación—; al fin y al cabo, todos participamos, en mayor o menor medida, de la locura. De modo

que no despreciéis a los locos ni a los cómicos ni a los bufones, pues sin ellos la tierra sí que sería un lugar menos habitable, un verdadero valle de lágrimas. Recordad que hasta los tiranos más sanguinarios toleran a sus bufones, aunque estos les hagan objeto de graves insultos.

—De acuerdo —concedió Rojas—. Pero ¿por qué tengo que hacer las pesquisas yo, que soy ya un viejo y llevo muchos años alejado no solo de la corte, sino del mundanal ruido?

—Pues por eso mismo, porque así podréis ver las cosas con mayor claridad e imparcialidad que alguien acostumbrado a vivir en palacio. Con sinceridad os lo digo: no se me ocurre nadie mejor que vos para hacer ese trabajo —declaró Tomás.

—Está claro que con amigos como vos no hacen falta enemigos. Y eso que os he obsequiado con mi mejor cosecha —se quejó Rojas.

—Tan solo intento aconsejaros lo que creo que es mejor para vos y ver el lado bueno de las cosas —se defendió Tomás.

—Ya, pero ponerse en marcha ahora, en pleno invierno y en dirección a Medina del Campo, nada menos, donde debe de hacer un frío de mil demonios...

—Si es por eso, también lo hace aquí —lo interrumpió Tomás.

—Pero aquí tengo mi fuego y mi vino, que me calientan por fuera y por dentro, y vuestra grata conversación —añadió Rojas, para complacer a su amigo.

—¿Y de qué os sirve mi conversación si no me hacéis ningún caso?

—Claro que os lo hago.

—Entonces, acudid a esa llamada, por el amor de Dios, antes de que sea demasiado tarde y la emperatriz os mande prender —sentenció Tomás.

—Está bien, está bien, lo haré —se rindió Rojas—. Pero, como me muera de frío por esos caminos de Dios, os vais a enterar de lo que es bueno.

—¿Y qué me vais a hacer si estáis muerto?

—Me apareceré ante vos como ánima del purgatorio y no os dejaré en paz durante el resto de vuestra vida, que no va a ser mucha, os lo garantizo.

—¡Qué cosas se os ocurren! Andad, id presto a la corte —lo apremió su amigo—, que yo os estaré esperando junto al hogar, para contaros todo lo que suceda en Talavera durante vuestra ausencia.